

SERMON
DE LA RESURRECCION
DE NUESTRO SEÑOR

Traditus est propter delicta nostrā, & resurrexit propter justificationem nostram.

Fue entregado á la muerte por nuestros pecados, y resucitó para nuestra justificación. *Rom. 4. v. 25.*

CON razon, Católicos, ha celebrado la Iglesia nuestra madre desde el principio el gran Misterio á que hoy tributamos nuestros respetos, como el mas feliz de sus dias, y su solemnidad por excelencia. Hoy es el gran dia del Señor, aquel dia que el Señor hizo, y que hizo mas glorioso para sí y para su Iglesia, que todos los demás dias: Sí, Católicos, este es el dia en que se quita el escandalo, en que se descubren todos los misterios ignominiosos de Jesu-Christo, se aclara el secreto de sus trabajos, se comprehende la obscuridad de sus parabras, y se manifiesta el sentido de las Escrituras. En este dia se autoriza su mision, se reconoce su ministerio, se confirman sus promesas, se cumplen sus profecías, se justifica su doctrina, y se corona

nas

nan todos sus trabajos: Este es el dia en que los discipulos timidos se confirman, su tristeza se muda en alegria, queda curada su incredulidad, son confundidos los enemigos de la religion, se establece la fé de todos los siglos, se prueba la verdad de nuestros misterios, la Iglesia sale con su Salvador triunfante del sepulcro, se prepara la docilidad de todos los pueblos del mundo, y todos los espíritus de error, que algun dia habian de levantarse, quedan convencidos de contradiccion, ó de impostura. Este es, finalmente, el dia en que se nos asegura la inmortalidad, se suavizan las tribulaciones de la carne, se consuelan los trabajos de nuestro destierro, y se propone una vida espiritual á los Christianos.

Sí, Católicos, murió Jesu-Christo para crucificar al hombre antiguo, y resucita para formar el nuevo. Murió para libertar los esclavos, y resucita para enseñar á los hijos á que usen santamente de su libertad; murió para pagar nuestras deudas, y resucita para llenarnos de sus gracias; murió para salvar á los culpados, y resucita para instruir y perfeccionar á los justos; murió para cerrar las puertas del infierno, y resucita para abrirnos las del cielo: En una palabra, murió por nuestros pecados, y resucita para nuestra justificación: *Traditus est propter delicta nostra, & resurrexit propter justificationem nostram.*

¿Por qué así, Católicos? Por dos razones, que os suplico escuchéis con atencion. Primeramente, resucita para nuestra justificación, porque su resurreccion encierra los mas poderosos motivos que nos puede presentar la religion, para perseverar en la gracia de la justificación que acabamos de recibir en los Sacramentos. Este será el primer punto: En segundo lugar, porque su resurreccion nos propone los medios mas seguros para perseverar en ella: este será el segundo. La Resurreccion de Jesu-Christo nos anima, y nos enseña á perseverar en la gracia recibida, y es el

mo-

138 SERMON DE LA RESURRECCION
motivo, y el modelo de nuestra perseverancia. Este es el sentido de las palabras de mi texto: *Traditus est propter delicta nostra, &c.* y este es todo el asunto de mi discurso.

PRIMERA PARTE.

LAS principales raíces de la inconstancia de los hombres en los caminos de Dios consisten, ó en una flaqueza de la fé que empieza á apagarse, y á esparcir una especie de nube sobre las verdades de la doctrina santa; ó en la tibieza de la esperanza, que no abre yá el seno de la gloria á sus ojos, y no despierta en ellos el deseo de los bienes eternos: pero la piedad christiana halla en el misterio de la resurreccion presarvativos contra estos dos escollos, y motivos muy poderosos para perseverar en la gracia en que la participacion de los santos misterios debe estableceros en estos solemnes dias.

En primer lugar; si la debilidad de la fé es comunmente la primera raíz de nuestras recaídas; si se halla siempre en ellas una especie de incredulidad, que antecede al pecado; si es preciso que el entendimiento dude en alguna manera de las verdades que abandona el corazon, y que la religion se debilite en una alma en quien se apaga la piedad; ¿quién puede dudar que la resurreccion de Jesu Christo sea el gran testimonio de la fé Christiana, y que todos los demás misterios hallen en este su verdad y su certeza? A la verdad, si Jesu-Christo no resucitó, decia en otro tiempo el Apostol á los fieles de Corintho, nuestra predicacion es inutil, vuestra fé es vana, y nosotros somos unos impostores. Pero por el contrario, si Jesu-Christo resucitó, nuestro ministerio viene del Cielo, vuestra fé es cierta, la doctrina del Evangelio es Divina, y sus promesas son infalibles.

Si Católicos, si la virtud del Padre sacó á Jesu-Christo de entre los muertos, se sigue que Jesu-Christo era un enviado del cielo para anunciar á los hombres la doctrina de la salvacion. El Dios fiel y verdadero no habia de haber querido autorizar una impostura, revistiendola con el caracter de la verdad, y honrandola con una gracia, con la que hasta Jesu-Christo ningun hombre mortal habia sido favorecido, pues resucita para nunca mas morir; prodigio que el mismo Jesu-Christo habia prometido á sus discipulos, y á sus enemigos, como el mas decisivo testimonio de la verdad de su ministerio. Una vez, pues, establecida su resurreccion, quedan probados todos sus mysterios, dice San Agustin, y la fé de los Christianos no necesita mas que este testimonio: *Resurrexit Christus, absoluta res est.*

Pero como yo hablo aqui con un pueblo fiel, á quien debo edificar, y no arguir, no quiero detenerme en manifestaros que hoy todo confirma la verdad del prodigioso milagro de la Resurreccion del Salvador. Primeramente, las mismas precauciones de sus enemigos; estos habian sellado el sepulcro, le habian cercado de Soldados, nada omitieron para impedir el que le robasen; acordabanse de que este mismo Jesus, á quien ellos habian crucificado, habia profetizado que resucitaria al tercero dia, y solo parece cuidan de estorvar el que los discipulos roben el cuerpo de su Divino Maestro. Unos enemigos tan poderosos, tan vigilantes, tan interesados en no dexarse engañar, ya cuidarian de evitar la sorpresa. En segundo lugar, la deposicion de los soldados; les hacen publicar que mientras dormian fueron los discipulos, y quitaron el cuerpo de su Maestro; pero si un sueño profundo no les dió lugar á que lo viesan, ¿cómo les puede permitir que lo aseguren? Por otra parte, una mul-

titud de ministros, destinados á velar sobre el sepulcro, y á guardarle, pudieron todos de comun acuerdo entregarse á un mismo tiempo al sueño, y á un sueño tan profundo y durable, que estando casi sentados sobre la piedra que cerraba el sepulcro, diesen tiempo á los discipulos para abrirle, y sacar el cuerpo del Salvador, sin que una obra tan larga, tan difícil, y que no se podia executar sin ruido y movimiento, despertase á alguno de los soldados, y desconcertase una empresa tan loca y temeraria? Además, estos mismos discipulos dudaban; no esperaban ya el cumplimiento de las promesas de Jesu-Christo; reusaban aun el creer á las santas mugeres; unos espiritus tan groseros é incredulos distan mucho de publicar lo que ellos mismos no creen: En tercer lugar, las apariciones del Salvador: no se manifiesta una vez sola á sus discipulos, porque entonces pudieran temer alguna ilusion, sino que se les manifiesta muchas veces; no se les manifiesta de paso, porque la imaginacion herida puede por algun poco tiempo suplir la verdad con sus imagenes, y figurar fuera de sí sus propios sueños: sino por espacio de quarenta dias; no desde lejos ó en medio de los ayres, en donde pudiera haver sospechas de prestigio; sino en medio de ellos, comiendo y bebiendo con ellos, dexandose ver de sus ojos, y tocar de sus manos, instruyendolos, y hablandolos del reyno de Dios; no á uno solo, porque hay unos espiritus mas credulos que otros; sino á todos en comun, y á muchos en particular; no baxo una figura, porque la mudanza hubiera podido ser sospechosa, sino con sus llagas, y con todas las señales por donde podian conocerle: Finalmente; el Martyrio de los Apostoles en testimonio de la verdad de este milagro, de que habian sido testigos: *Cujus nos omnes testes sumus.* (a)

(a) Act. 2. v. 32.

Si Jesu-Christo no resucitó, qué interés podian tener en publicarlo? ¿Habian de exponerse á los mas crueles tormentos por fundar una doctrina que ellos mismos tenian por falsa? ¿Habian de engañar al linage humano, sin esperar mas recompensa de su impostura, que el fuego, las ruedas, y los suplicios? Una persuasion falsa, particularmente en materia de religion, puede inducir á los espiritus simples y credulos á excesos y procedimientos extraordinarios; pero el que unos rusticos pescadores, unos hombres sin letras, y de la ínfima clase del pueblo, intenten, á sangre fria, ir á engañar al Universo, y á desafiar á los mas crueles generos de muerte, por publicar que su Maestro ha resucitado, estando ellos persuadidos á lo contrario, es una especie de extravagancia de que no son capaces los hombres, y sería mayor prodigio que todos los que la incredulidad disputa á la fé de los Christianos. Por otra parte, estos discipulos abandonaron á Jesu-Christo quando vivia, y quando le tenian aun por el Salvador prometido á sus Padres, y el Christo Hijo de Dios vivo, ¿y habian de confesarle generosamente sobre los cadahalsos, despues de su muerte, quando ya no le debian mirar sino como á un engañador, que no habia resucitado, como habia prometido? ¿Habian de derramar toda su sangre por un hombre que hubiera abusado de su credulidad? ¿Habian de distribuirse por todo el universo como desesperados, para publicar un hecho que ellos tenian por fabuloso? ¿Y ninguno de todos estos hombres flacos y tímidos habia de desdeñarse, ni confesar en medio de los tormentos su locura ni su extravagancia? Pero ya conoze que me detengo demasiado acerca de una verdad tan clara, y que se ofende vuestra religion del cuidado con que parece intento justificarla.

Ved, pues, Católicos, como la Resurreccion del Salvador mantiene la fé del hombre justo; en este

T 2

Mys.



mysterio ve asegurada toda la Religion; ve que son ciertos los castigos con que amenaza, sus promesas infalibles, sus preceptos necesarios, sus consejos importantes, sus observancias venerables, y aun las mas leves ceremonias de su culto dignas de nuestros respetos. Desde que resucitó Jesu-Christo. ¡Ah! Desde entonces no hallo cosa que sea tan grande como la virtud, nada que temer sino el vicio, ninguna locura mayor que el despreciar el cuidado del alma, y nada tan prudente como el sacrificarlo todo á la salvacion. Desde entonces las burlas de los impíos acerca de la santidad de nuestros mysterios, son estravagancias que apenas puedo comprender, y blasfemias que me horrorizan. Las reflexiones de los sabios del mundo acerca de las santas obscuridades de la fé, son discursos pueriles; desde entonces el Evangelio me parece una sola regla, los exemplos de Jesu-Christo mi modelo, los temores de la piedad dones de Dios, la seguridad de los libertinos un desesperado furor: En una palabra, miro la infidelidad á las gracias recibidas, y las recaídas en los primeros desordenes, como la mayor de las desgracias, y el carácter de prescitos.

¿Qué cosa mas propria puede haber, Católicos, para refrenar la inconstancia del corazon del hombre, y fixarle en una piedad sólida y durable, que estas grandes verdades? Por eso los discipulos, testigos de la Resurreccion de Jesu-Christo, no se desdican, perseveran todos hasta el fin en la oracion, y en el ministerio de la divina palabra; no se halla entre ellos otro Judas que abandone la verdad conocida. Desde que el Señor apareció á San Pedro, este Apostol no vuelve á caer, y aun confirma á sus hermanos. Apenas toca Thomás las gloriosas cicatrices de sus heridas, quando adora á su Señor y su Dios, y permanece fiel para siempre; los discipulos de Emaus apenas le reconocen en la fraccion del pan, quando se vuelven á

Je-

Jerusalén á juntarse con los demás discipulos. ¡Ah Católicos! ¿no somos aquí todos nosotros testigos de la Resurreccion de Jesu-Christo? ¿no somos nosotros los hijos de los santos que le vieron y adoraron sobre el Santo monte de Galiléa? Nosotros hemos visto con sus ojos, y tocado con sus manos: Nosotros en estos felices dias hemos visto tambien resucitar á Jesu-Christo dentro de nosotros mismos por la gracia de los Sacramentos. ¿Pues por qué hemos de volver atrás? ¿Por qué hemos de volver á nuestros primeros caminos? Si este mysterio hace que nuestra fé sea incontrastable, ¿por qué ha de dexar todavia inconstancias en nuestro corazon? Si como dice San Agustin, sería una cosa monstruosa el no creer despues de tantas pruebas, ¿lo será menos el creer, y vivir como sino creyeseamos? Un fiel que está persuadido á que ha de resucitar para gozar de una felicidad eterna, ó para ser entregado á las eternas llamas, ¿podrá olvidarse de un negocio de tanta importancia para un instante que ha de vivir en la tierra? y si los bienes fugitivos que nada tienen de verdaderos, y de los que solo gustamos un momento, pueden engañarnos, la verdadera felicidad, los bienes infinitos y sin medida, una eternidad de gloria, de magnificencia, y de verdadera felicidad que se nos manifiesta hoy, ¿no ha de poder desengañarnos, y disipar para siempre el error que causa nuestro engaño, y nos hace tener la sombra por verdad, la tierra por cielo, y un tiempo que se precipita y se ha de acabar mañana, por la eternidad?

Segundo motivo que deduzco de este mysterio, para animarnos á conservar la gracia recibida en estos santos dias. No solamente este mysterio conforta nuestra fé, sino que tambien, primeramente, asegurar nuestra esperanza: en segundo lugar, la consuela; en tercero, la corrige: La Resurreccion de Jesu-Christo asegura nuestra esperanza: Sabemos, dice el Apostol, que algun dia hemos de ser semejantes á él, y hemos de seguir la suerte de nuestra

tra

tra cabeza: Sabemos, que siendo el Primogenito de sus hermanos, es las felices primicias de los que duermen para resucitar; y que una parte de nuestra naturaleza se libertó en él de la muerte y de la corrupcion, para servir de prenda á la esperanza de toda la naturaleza: Sabemos que sería inutil su Resurreccion, si no hubieramos de resucitar con él; que estaría en el cielo sin Iglesia, sin Sacerdocio, sin Sacrificio; y que no sería nuestro Eterno Pontifice, si no ofreciera eternamente su Cuerpo Mystico á su Padre: Tambien sabemos que nuestros hermanos que nos han precedido con la señal de la fé, y que duermen en Jesu-Christo el sueño de la paz y de la unidad, no han perecido absolutamente: que han desaparecido á nuestra vista, pero esperan la bienaventurada esperanza; que sus cuerpos fueron quemados, arrastrados, despedazados, hechos cenizas, y pasto de los pajaros del cielo, ó de los animales de la tierra; pero que aquel Señor que llama á las cosas que no existen como á las que existen, juntará de los quatro vientos las porciones dispersas de su carne; separará de entre todas las criaturas lo que pertenece á sus escogidos; volverá á juntar sus preciosas reliquias, confundidas con la revolucion de los tiempos, y con la sucesion de las cosas, las que solo él conoce, y no perecerá ni un solo cabello de su cabeza. ¿Qué motivos tan poderosos se hallan, Católicos, en esta memoria para confirmar al alma en la gracia y en el servicio de Dios? ¿Yo resucitaré con esta carne que voy á deshonorar, y la he de presentar á Jesu-Christo, y á sus Angeles, señalada aun con las vergonzosas manchas de mis iniquidades? ¡Oh! Si todo hubiera de morir conmigo, bien pudiera permitirlo todo á mis corrompidos deseos; pero el impío tambien ha de resucitar como el justo; la fatal trompeta despertará, sin excepcion, á todos los que descansan baxo el imperio de la muerte; será preciso volver á parecer en el teatro á vista de todo

el

el Universo, y ver revivir las obras de tinieblas, que yo tenia por sepultadas en un eterno olvido. ¿Es posible que la verguenza de la accion que voy á cometer, se me ha de echar en cara por toda la eternidad? ¿Ni los siglos, ni los años, ni los tormentos no han de borrar jamás esta vergonzosa circunstancia de mi vida? Un deleyte tan rápido que apenas le gusto quando ya no existe, y que al tiempo de gustarle me disputo á mí mismo su falsa dulzura, con remordimientos é inquietudes interiores, ¿este instante fugitivo se ha de escribir en el libro de las venganzas del Señor con caracteres inmortales? ¿Se ha de sellar en los tesoros de la divina indignacion, y ha de durar tanto como la justicia del mismo Dios? ¡Ah Señor! Pues mis acciones, mis palabras, mis pensamientos, mis deseos han de vivir en vuestra presencia los años eternos, confortad mi flaqueza, y haced que mi corazon entienda que un Christiano no debe permitirse á sí mismo cosa alguna que no sea digna de la eternidad.

En segundo lugar, la Resurreccion de Jesu-Christo consuela nuestra esperanza. Porque, Católicos, si la piedad tiene sus consuelos, tambien tiene sus amarguras, y los eternos combates en que es preciso pelear contra sí mismo, ó contra casi todos los objetos que nos rodean, son sus espinas y violencias; la virtud no se conserva sino con continuos sacrificios, y si aflojais una sola vez estais perdidos: Las pasiones parece que renacen de su propia ruina; creéis haber resistido hasta derramar sangre, y conseguido la victoria, quando ya es preciso volver al combate; nos cansamos, pues, de estar en continua guerra con nosotros mismos, y de traer en nuestro interior un Reyno siempre dividido: Naturalmente nos inclinamos á contentar nuestros deseos, y á gozar tranquilamente de nosotros mismos; y este es el mas comun principio de nuestras caídas.

En

En medio, pues, de tan peligrosas pruebas nada alienta ni consuela tanto al alma fiel como la esperanza de la Resurreccion. Sabe que este cuerpo de pecado que la oprime, será muy presto conforme á la semejanza del de Jesu-Christo glorioso y resucitado. De este modo en vez de abatirse con el peso de su carne, conoce que se acerca su libertad: Quanto mas la oprime el Angel de Satánas, mas se aumenta su deseo de librarse de este cuerpo de muerte; quanto mas siente el aguijón del pecado, mas desea su disolucion y reunirse con Christo; en su flaqueza halla una nueva fuerza; sus tentaciones llevan consigo el remedio; y todos los movimientos que la avisan del principio de su corrupcion, la consuelan con las esperanzas de la inmortalidad que la ha de liberrar de todas sus miserias.

En las tribulaciones que suceden al justo por parte de las criaturas, ninguna hay que no suavice esta esperanza. Job en su muladar ve con serenidad caerse su cuerpo á pedizos. (a) Yo sé, dice, que vive mi Redentor, que he de resucitar de la tierra en el ultimo dia, y veré á mi Dios y mi Salvador con esta misma carne, de la que los gusanos y la corrupcion han hecho ya un cadaver: Esta suave esperanza está oculta en mi pecho, (b) y no necesita de mas para consolar todo el rigor de sus penas: *Reposita est hæc spes mea in sinu meo*. Nosotros nos regocijamos en las tribulaciones, decian los primeros fieles, porque esperamos á Jesu-Christo de lo alto del cielo, que reformará la baxeza de nuestro cuerpo, para hacerle semejante á la gloria y á la claridad del suyo, y nuestra esperanza es cierta. Con esta esperanza nos maldicen, y bendecimos: nos cargan de cadenas, y estamos libres; nos pisan, y no somos abatidos; y siempre tenemos levantada nuestra cabeza

(a) Job 19. v. 25. 26.

(b) Ibid. 27.

para ver nuestra libertad que se acerca. De este modo habablan antiguamente, por boca del Apostol, los fieles oprimidos, perseguidos, desterrados; y quando los llevaban á las carceles, y á los suplicios, no habia tormentos, por terribles que fuesen, que no les pareciesen suaves, contemplando la bienaventurada esperanza.

Por eso, Católicos, continuamente creían ver llegar á Jesu-Christo desde lo alto de los ayres; creían que cada dia era el deseado de su venida; pero esto era un error de amor. Siempre nos parece que llega lo que con ansia deseamos; y los Apostoles necesitaban de toda su autoridad, para calmar en este particular la viva impaciencia de estos santos discipulos. El mismo Jesu-Christo tuvo por conveniente precaver los lazos que podrian poner algun dia sobre este asunto á la viveza de sus deseos, y á su credulidad, advirtiendoles que no diesen facilmente credito á los que vendrian á anunciarlos su venida: *Nolite credere.* (a) Por eso en medio de los tormentos desafiaban con una santa valentia á la barbaridad de los tiranos: Bien podreis despedazar nuestros cuerpos, los decian, pero el que mira desde el cielo la constancia de nuestra confesion nos los volverá mas gloriosos y resplandecientes: las crueles heridas con que desfigurais nuestros miembros se mudarán en rayos de luz, y vuestra inhumidad aumentará nuestra gloria; este era el espiritu de aquellos felices siglos; aun no habia la falsa doctrina privado á la virtud de estos divinos consuelos; aun no estaba cerrado á los fieles el seno de la gloria para hacerlos mas dignos de ella; aun no se habia formado la monstruosa perfeccion de ser indiferente á las promesas de la fé para conseguir las con mas seguridad; y hubiera horrorizado entonces el pensar

(a) Matth. 24. v. 23.
Tom. II.

sar que la salvacion pudiera ser el horrible fruto de la desesperacion, ó de la indiferencia en punto de la salud eterna; la bienaventurada esperanza era entonces toda la piedad y toda la perfeccion de los fieles.

A la verdad que sería digno de compasion el justo, si no hubiera para él otra esperanza mas que la de esta vida. Si Jesu-Christo no resucitó, decia en otro tiempo el Apostol, y solamente esperamos en él para esta vida, somos los mas desgraciados de todos los hombres. *Si in hac vita tantum in Christo sperantes sumus, miserabiliores sumus omnibus hominibus.* (a) Esta es la suerte del Christiano. El Evangelio, en algun sentido, forma desgraciados segun el mundo: sus máximas son tristes, y no prometen cosa que sea agradable acá en la tierra; y si despues de esta vida no hay que esperar, no hay cosa que iguale á la desgracia de un discipulo de Jesu-Christo. Supuesta, pues, esta indubitable verdad, vosotros, amados oyentes míos, podeis decidir acerca de vosotros mismos, para conocer si sois discipulos de Jesu-Christo, ó hijos del siglo, y por consiguiente de muerte y perdicion: la regla es segura. Pero aunque no hubiera resurreccion que esperar serais dignos de lástima. ¿Quando no esperarais mas que una eterna aniquilacion despues de esta vida, os haceis acaso mientras dura la suficiente violencia? ¿Cuidais como debeis de vosotros mismos? ¿Mortificais suficientemente vuestros deseos? ¿Crucificais vuestras carnes? ¿Sufrís los desprecios é injurias? ¿Huís de los placeres? ¿Vivís separados del mundo? ¿Velais sobre vuestros sentidos? ¿Estais desprendidos de la gloria de los bienes precederos como el Apostol, para decir con él; Sino esperamos en Jesu-Christo mas que para esta vida, somos los mas desgraciados de todos los hom-

(a) 1. Corint. 15. v. 19.

hombres? Pero viviendo como vivís, aun quando la religion fuera un sueño, ¿qué perderiais en ella? Quando todo lo que nos dicen de la resurreccion futura, y de las promesas de la fé fueran fábulas, ¿qué engaño podiais padecer en vuestras medidas? Quando todo muriera con vosotros ¿tendriais motivo para arrepentiros al tiempo de morir de no haberos formado vuestra felicidad en la vida presente, para quejaros de los deleytes de que os habiais privado, de los Sacrificios, de las violencias, de las austeridades, de las mortificaciones que habiais sufrido por una eternidad, y por una felicidad chimerica? Si os dixeran que la fé de los Christianos es una invencion humana, ¿tendriais mucho que mudar en vuestras costumbres, en vuestros proyectos, en vuestros negocios, y en toda vuestra conducta? ¡Ah! Los primeros fieles podian muy bien decir, que si Jesu-Christo no habia resucitado, todo lo habian perdido: Unos infelices que todo lo sacrificaban á esta esperanza; que sufrían el hambre, la sed, la desnudez, el destierro, la infamia, la pérdida de los bienes, y de la vida por agradarle, y por la sola esperanza de gozar de él algun dia: *Tantum ut Christo fruatur.* (a) Unos hombres que no tenían consuelo alguno en la tierra; que no se atrevían á disfrutar de los mas leves deleytes; y que miraban la vida presente como un destierro, y como un valle de lágrimas: Estos hombres podian asegurar que si no habia de haber resurreccion, no habia en la tierra cosa alguna que pudiese igualar á su desgracia: Pero vosotros á quienes nada cuesta el creer en Jesu-Christo, que no sacrificais á sus promesas ni deleytes, ni gustos, ni superfluidades, ni inclinaciones; vosotros, que baxo el Evangelio vivís con tanta tranquilidad, con tanta conveniencia, con tanta delicadeza, y aun

(a) Ign.

aun acaso tan licenciosamente como se vive entre las naciones infieles, donde no se conoce su nombre, ¿qué os importa que haya ó no resucitado? La falsedad ó verdad de sus promesas nada muda á vuestra suerte, y por eso no sois Christianos; no perteneceis á Jesu-Christo; y no teneis derecho á su esperanza.

Y ved aquí, por ultimo, como la Resurreccion de Jesu-Christo no solamente asegura y consueta, sino que tambien corrige nuestra esperanza, proponiendonos los medios que solamente nos dán derecho para esperar, dandonos á entender que no es posible buscar la felicidad en la tierra, y esperar en Jesu-Christo; y que el fiel que nada padece acá, nada debe esperar en lo futuro.

Pero no solamente corrige por este camino nuestra esperanza la Resurreccion de Jesu-Christo: Una de las causas mas comunes de nuestras recaídas, despues de esta solemnidad, es el persuadirnos que es facil el volver á la gracia, y asi esperamos contra la esperanza; el Mysterio, pues, de la Resurreccion de Jesu-Christo corrige este error tan comun y tan peligroso, porque el beneficio de la resurreccion fue en él el premio del mas doloroso sacrificio; no mereció el libertarse del Sepulcro, sino habiendose hecho el Hombre de dolores: la Resurreccion, pues, de Jesu-Christo es el modelo de la nuestra: esto es, que si recaemos será preciso pasar por unas terribles pruebas para llegar á la renovacion de la penitencia. Si yo recaygo, ¡ó Dios mio! ¿Qué caro me ha de costar este rápido y frívolo deleyte! ¿Qué caliz he de beber para recobrar la vida y la inocencia que voy á perder! Ya sé, bien á mi costa, lo mucho que cuesta el volverse á Dios, quando ha habido la desgracia de separarse de él, y lo terribles que son para el alma los principios de una conversion; ¿y despues de la recaída, costaria menos trabajo esta empresa? Al contrario, mis malas in-

inclinaciones serán mas dificiles de vencer; mis cadenas se habrán fortificado, se habrán entiviado mis flacos deseos de salvacion, tendré mas temor á la vista del público por las desigualdades de mi conducta; en todo habrá que hacer nuevos esfuerzos; todo me será mas molesto y penoso: Pues si el dar el primer paso me costó tanto trabajo quando todo parecia que se me facilitaba, ¿cómo he de contar con seguridad con el segundo, quando todo me ofrecerá nuevos obstáculos? De este modo se confirma en la perseverancia una alma fiel.

Pero por otra parte: ¿Se os concederá acaso la gracia de una segunda penitencia? Segunda razon que se deduce de este Mysterio: ¿Sabeis bien lo que es la gracia de la conversion, aquella gracia que nos hace pasar de la muerte del pecado, á la vida y á la resurreccion de la justicia? Oid al Apostol que os lo enseña: La misma virtud sobreeminente de Dios, dice, que ha obrado en Jesu-Christo para sacarle de entre los muertos, debe obrar en nosotros para sacarnos de los caminos de la muerte y de la perdicion, y para restituirnos á la vida de la gracia: Es decir, que la resurreccion espiritual del pecador es una obra tan grande para Dios, como la resurreccion corporal de Jesu-Christo; que aqui es igual el milagro; que tiene necesidad de una virtud tan sublime para lo uno como para lo otro, y que si se halla alguna diferencia, consiste en que resucitando á su Hijo manda á la muerte, y es obedecido, y la muerte que oye su voz, no resiste á sus ordenes; pero quando resucita al pecador, manda á un corazon corrompido, y este corazon se opone; y este corazon, ó no quiere oírle, ó aun despues de haberle oído, resiste á sus ordenes, y aparta la mano que viene á sacarle del sepulcro y de las sombras de la muerte: ¿Teneis, pues, derecho para esperar de él otra vez un favor tan distinguido? ¿Os podreis fiar en que